

algo viene; ya no soy más mía; cumple obedecer. Quién viesse ya el día de estar en libertad! Bien, amor mio, qué hazes por aquí? cómo no passas adelante?

And.—Esta es, ay!

Mel.—Por qué suspiras, mi señor? ay alguna novedad?

And.—Viejo es tu descuydo de mi pena y el matarme cada ora.

Mel.—Dios nos guarde, cómo lo finge mi señor!

And.—Mas cómo lo burla mi señora. Di, leona hambrienta de mi sangre, cuándo estaras harta d'él?

Mel.—Por tu vida, amores, que esso venia desseando.

And.—Assi lo creo yo.

Mel.—No me entiendes.

And.—Pues qué?

Mel.—Libertad para gozar de tu dulce compañía, la qual me es más que la propia ánima chara.

And.—No dexas de burlar.

Mel.—Más tú.

And.—En qué moneda me pagas lo que te quiero, o qué obras salen de tus palabaas?

Mel.—Donoso estás. Qué más podía darte, o qué más me queda?

And.—Segun esso, no eres más que palabras o más ayna burlas, ni lo serás.

Mel.—Palabras llamas al cuerpo y ánima y a la fe que te di y me diste? y demás si estoy preñada?

And.—Aora pienso hazes de mi loco, o tú lo estás, pues hablas tan de seso y con tan poco, o lo perdiste todo.

Mel.—No será mucho que te lo aya dado con la prenda que te di para no quedarme nada y estar mi seso y mi locura de tu mano como está. Burlariste de mí y hazeresme morir con tus descuydos?

And.—Antes yo. Nunca tan de veras te vi matarme, o cruel!

Mel.—Ora no más, amores, basta lo soñado; recuerde tu merced y hablemos a proposito; yo temo con todo lo que digo y no sé cómo hagamos, si el plazo que tomaste no fuesse ya cumplido.

And.—De qué temes?

Mel.—Otra suya, de la preñez, que no me trataste de manera que quedasse sin sospecha dello.

And.—No sé por qué me hazes rebentar. Qué preñez? qué diablos del infierno? cuándo lo soñaste?

Mel.—Dizes de verdad?

And.—Si no que bina de mentira.

Mel.—Basta, basta; confirmada es la malicia; o traydor maluado, qué determinas? no,

no, no soy quien piensas; con mil vidas no pagarás mi honra.

And.—Qué loca está!

Mel.—Loca, mal hombre, y tú, herege, no me importunaste para casar conmigo? y por el grande amor que publicauas, y los ruegos de Doleria, en su casa me tomaste por tu sposa y ay fueron las bodas; con ella lo as de ver; veremos si te atreues a negarselo.

And.—No es tiempo de sperarte más, perdida y loca confirmada, o beuiste demasiado?

Mel.—Nunca beuiera de tan villano vino y desabrido, triste de mí; allá me voy con esto; disbarates.

And.—Dalla serás mejor desengañada. O esto sin duda es sueño, o ésta ha perdido el seso, y para que mi ventura haga su deuer assi conuiene. Bien le dara Doleria algo con que le saque el mal de la cabeça, que para todo es. Mas qué diablos sé yo si dormiendo hize lo que ella dize que despierto, o si mi spirito anda de noche por do de día el pensamiento, que todo ay en amores y en diablos. Libreme Dios de tal encuentro, estoy borracho dél; bueno será tambien encaminar hazia Doleria para que juntamente nos desengante.

Man.—A, gentilhombre.

And.—Solia yo de serlo, quién será la dama? qué manda mi señora?

Man.—Que desempeñe su cadena y prenda con ella otras captiuas.

And.—Con otro piensa anello; captiuo queria yo ser de tales ojos, si los braços fuessem la cadena.

Man.—Qué bueno! Ora, señor, pag[u]e el escote, pues ha merendado, y no se persuada que sus criadas bien del ayre como camaleones.

And.—No es gran marauilla, pues esse basta para sustentarme, y la gracia con que lo dize.

Man.—Yo digo, su merced haze; pero no curemos de requiebros sin proposito, passen las burlas adelante; porque, sin los seruidores, tengo hermanos y parientes, que desharán estos agrauios, y no me ensañe yo.

And.—Tambien yo ayudaré por la parte que me cabe. Mas su merced está engañada, que no soy quien piensa, ni es mi costumbre de mojar, sino servir las tales.

Man.—Qué bien lo propone, si no me cortara ya la bolsa. No vengó ahumada, ni haze neblina, mi señor; mande deshazer el ferro y guarde la joya para otra nouia; aquí do está, todo va perdido, ya no ay que fiar.

And.—Y porfiays? ésta es otro como la de ogaño; holgara de venir de otro temple, pero trayo dolor de baço

Man.—No ay que pensar en ello más, ni

murmurar entre dientes o desculpa que le salue de burlarse de quien le quiere bien.

And.—Por mi fe, señora, que está en error.

Man.—Assi me lo parece, si su merced perdió el seso o ha beuido.

And.—Gran caso es este: o los diablos andan sueltos, o yo estoy dormiendo; tornese, señora, que yo le afirmo no ser quien busea.

Man.—Pues quién sería luego su merced?

And.—Andronio hasta la muerte, y aun despues.

Man.—Andronio o andrajo, yo le conosco razonablemente, y aun me duelen los mordicones que me dio en este brazo.

And.—Quándo?

Man.—Quando en los suyos me tenia, y me vendia por miel vinagre, haciendole tantos regalos en mi casa. Mal ayan tales obras. Por vida de Manja y de su madre, que no lo comays sin escaueche por más peynado que seays.

And.—Estoy fuera de mí, qué ha de ser esto? perdido soy, y de mas si Doleria se me buelue vna d'estas, y todos son dolores.

SCENA 10. DEL QUARTO ACTO

Heracio en habitos de hermitaño reposandose en vn prado dan con el Asosio y Doleria hechos peregrinos, a saber Doleria es Dicheo, Asosio es Synesio.

HERACLIO, DOLERIA DI[CHEO], ASOSIO SYNE[SIO].

[*Her.*].—Soberanos cielos, virtudes superiores, regidas por aquel summo principio, ajudadme a celebrar mi nueua profession y terminar la vanidad passada en el perfecto número; las potencias dementadas con su concordancia natural me fauorescan; las anes del ayre, los animales de la tierra, la mar con sus pescados, den señal de mi alegría. Porque aora que el viejo hombre es muerto y las speranças vanas se acabaron, descansará el triste coraçon, dando comienzo a otros pensamientos, y los sentidos de su alto objecto ternan el verdadero refrigerio, con el blando ayre, dulce harmonia de las corrientes aguas y suauidad de tan diversas flores, hechado sobre estas yeruas olorosas. Y vos, ojos, ocasion de tantos daños, reposareys en este prado deleytoso.

Dich.—Hijo Synesio.

Syn.—Padre señor.

Dich.—Qué hermoso está el campo esta mañana y cuán agradable es de oyr la melodia de los paxarillos; peccado es no gozar d'esto de continuo.

Her.—Aun aquí el mundo no me dexa; qué gente será esta?

Syn.—Es vn consuelo para enamorados coraçones.

Her.—Pues y aquí llega este nombre?

Dich.—Cómo lo saues? prouaste ya essa passion?

Syn.—No, pero oy hablarte algunas vezes della.

Dich.—Es assi, y harto mal me hizo esse mal.

Her.—Compañia tengo.

Syn.—Mal llamas, padre, a lo que otros llaman bien? siendo amor vn medio sin el qual no obra la natura, y vna cierta colligantia desde el cie'o hasta la tierra, a la qual el ciego sabio dio nombre de cadena de oro.

Her.—Mucho te deue luego el niño ciego por esse titulo que le das.

Dich.—Verdad es, hijo, que todo se rige por amor, pero va en los hombres por vias diferentes la orden prevertida, improprio el nombre a los effectos. Con este pelisecon recordará, aunque no duerma; oyes, Asosio?

Aso.—Al cabo estoy, Doleria; prosigue, pues, y philosophemos a su modo y al nuestro, sin que parescan nuestros nombres.

Dol.—Qué necio eres, los ojos y los oydos le tengo en la mano. Buelue a tus coles.

Aso.—No sé cómo es improprio, padre, pero quando la yra d'amor incitada sale de curso, adquiere el nombre de valentia, de templança el sufrimiento, y de todos sus contrarios las otras virtudes compañeras.

Her.—No estays bien en la cuenta, porque esta mia es o parece mentirosa por la occasion.

Dich.—Pusilanimidad no es templança, ni Dios lo quiera; temeridad no es fortaleza, ni lo fue nunca; obediencia vil o subjection no es justicia, ni lo será; acertar acaso no es prudencia.

Her.—No lo auays mal estudiado.

Dich.—Si el amor es de virtud diuino o fundado en la razon, podran caber en él essas condiciones todas, y no hablo sin experiencia.

Syn.—Ha sido tu merced enamorado?

Dich.—Mas que vna vez, y muchas engañado.

Syn.—Cómo, padre, no hallaste fe?

Dich.—Fe en mujeres, monstro sería.

Her.—Este es mi hombre.

Dich.—No ay en ellas cosa buena, sino el callar si callan, aunque pocas veces acontesee, si no es por defecto de natura o accidente de enfermedad. El amor dellas es apetito solamente, sus cortesias son engaños, es negar su prometer, y el negar darse del todo. Mira, por tu fe, qué sciencia ésta para entenderse, a do los que más saben menos aciertan y más los que menos saben.

Her.—Es oraculo este hombre.

Dich.—Quise tanto a vna, que passara el arco de los leales amadores, pensando ser no menos querido della; mas a la postre, porque no me reyesse de los otros, vne de descendir al infierno de Anastarax; que por vn antojo solo perdi en vn dia todos mis trabajos de muchos años.

Syn.—Seria alguna necia.

Dich.—Passaua de prudencia a Sapho al parescer, de constancia a Portia, de fuerças a Camila; ésta me llegó al punto de la muerte o de dexar el mundo y biuir entre las fieras, si la razon no lo estoruara. Al cabo de muchas experiencias y de tentar si mi estado misero, seruios, obediencia y promptitud la podian ablandar, viendo quán poco apronechaua todo, arrebatado de encendida ira, supitamente se conurtio el amor en odio y en ardentissimo desseo de vengança. Por esta causa sola, dandome al estudio de la Magica, en breue tiempo sali maestro y restauré con ella, assi lo passado como por venir: dexando al mundo vn gran exemplo, con vna burla que le hize, poco menor que la de Vergilio. Estás en esta cuenta, hijo?

Her.—Como que estoy en ella, padre, y quasi arrepentido de mi locura; pero andar.

Dich.—Qué es esto, quien duerme aqui?

Syn.—Si a la fe, padre, no lo veyá.

Dich.—Hermitaño es.

Her.—Visto me han; todauia haré que duermo.

Syn.—Quién puede ser en lugar tan solo?

Dich.—El libro me lo dira. O qué gentil donayre, de los nuestros es.

Syn.—Qué nuestros?

Dich.—Desesperados de amor; despertalle quiero para saber de su fortuna.

Her.—No duermo, padre onrrado, antes he oydo tus razones todas, que no han hecho en mi pequeño mouimiento.

Dich.—Tanto mejor, mas por tu fe que me cuentas, si te plazze, la causa deste apartamiento y soledad.

Her.—Para qué? a quien ya dijo lo principal.

Dich.—Leamos, pues, un poco más. Basta, hallada es la mula; madre y hija son entrambas, y esta noche se nos vone: palabras que yban diziendo monedas de oro sone, que se mataron por dos, que no valen medio none (1).

Her.—Qué es esto? yo sueño, este es un gran saber. Ora, padre mio, socorreme por tu fe, que de creer es puedes, pues tanto sabes.

Dich.—Soy contento, con que tú lo seas de lo que hiziere.

Her.—Más que contento.

(1) Parece fragmento de algún romance antiguo.

Dich.—Pues a la mesma ora te buelue por do veniste, y vete a tu fiel amigo, que tanta ansia tiene por tí; Logistico se llama.

Her.—Y esto más? o gran misterio!

Dich.—Y dexados estos habitos yreys los dos a la ora limitada oxear aquellos cueros para que nos quede la carne desembargada y te la entreguemos tomando sus figuras, y tú puedas guisalla a tu plazer.

Syn.—No será malo, esfuerce tú merced.

Her.—Dios te ha embiado por mi bien aqui. Voy sin tardar poner en obra lo que mandas, padre.

Dich.—No te descuydes, pues.

Her.—No ayas dello miedo.

SCENA 1. DEL QUINTO ACTO

Logistico halla a Heraclio ya con sus vestidos, y muy alegres ambos van acabar su auentura de Apio y Metio.

LOGISTICO, HERACLIO, APIO, METIO,

[*Log.*].—Quien viesse ya esta nao en el puerto! por diligencia de Pyloto y marineros no quedará, y spero nos fauorescan todos los spiritos enamorados. Qué se hizo deste hombre? a qué parte de la tierra será hechado? hazia nuestro Polo, que le es aficionado.

Her.—Dicha fue hallar a Honorio para tomar otro vestido. El amigo falta aora, estara quexoso, pero el supito accidente causó el desuario.

Log.—Si yo no duermo, allá veo a Heraclio; parece obran ya las medicinas de Doleria. Gran cosa es; a, señor, señor, no se alexe tanto, si no lo dura aun la colera.

Her.—Este es, o quán a propósito. No, señor, que ay otros humores que la contrapesan, y es de nosotros sabios mudar consejo.

Log.—Por esso solamente no puse luto, y assi speraua a su merced como si lo viera. Pues en qué paró el viaje y el nauio?

Her.—Aun no puedo respirar. Mouidos a compasion los cielos, me embiaron a Mercurio en forma humana que me alumbrasse en tan escura noche.

Log.—Cómo assi?

Her.—Despedido ya del mundo y de todos sus engaños, en despobado, hallé dos hombres, que a cabo de otros chistes que despues sabras, en cierto librito que tenia el vno dellos, gran nigromante, leieron mis desgracias y me prometieron reduzillas a otros terminos: mandandome luego te buscasse, que es lo que más atonito me hizo, para que fuésemos entrambos hazer boluer los Satyros a los montes. Yo desesperado de poder hallarte, acercandose la ora, acometia solo el auentura.

Log.—Mucho me cuentas, y ay verás que no se oluida de tí la prouidencia. Quiero abraçarte como a hombre resuscitado, y hagote saber que lleuaua esse proposito tambien, pero mejor lo reyremos en compañía, y no podran tardar, porque es ya dada la vna.

Her.—Por lo más cierto, nos lleguemos a este canton.

Log.—Bien dizes.

Her.—Aqui son; oygamos lo que hablan.

Apio.—Metio?

Met.—Apio?

Apio.—Qué hazemos?

Met.—Vna gran locura: si nos toman con el hurto, adios amores.

Log.—Bien oyes.

Her.—Toma si oygo.

Log.—Mira qué lanças.

Her.—Nunca las tuue por mejores.

Apio.—Qué escurana haze, las carnes me tiemblan; no seria mucho auer por aqui capcadores.

Met.—Comigo no aurá lid, luego doy la mia.

Apio.—No vale más assi? otras nos tenemos, quién lo aurá de saber?

Log.—Bien se emplearon.

Her.—No merescen más.

Apio.—Todauia, ya que se lo prometimos, es menester complir con ellas.

Met.—Doylas al diablo, que mejor se estan. Qué harémos dellas? dónde diablos las lleuaremos?

Apio.—No faltará; ellas traen prouision.

Her.—Bien remediadas van.

Log.—No es tiempo de más palacio. A, traydores, vellacos, dexad las capas y las vidas.

Met.—Apio.

Apio.—Metio. Guay de vos. O, señores, por amor de Dios, aqui quedan y las espadas.

Her.—Qué priesa lleuan!

Log.—Eran buenos para liebres. Vamonos aora y demos lugar a nuestros medicos para que ordenen sus receptas con las señoras boticarias.

Her.—Lleuaremos el despojo?

Log.—Sí, para seruir de testimonio.

SCENA 2. DEL QUINTO ACTO

Astasia y Idona se salen a la huerta a sperar sus seruidores, y vienen Dicheo y Synesio, con quien se van, pensando eran ellos.

ASTASIA, IDONA, SYNESIO, DICHEO.

[*Ast.*].—Es ora de speralles allá en la huerta?

Ido.—Cerca de la vna.

Ast.—Oyste algun ruido?

Ido.—Sí, señora.

Ast.—Qué seria?

Ido.—Gente que passaua.

Ast.—Paresceme que entreconosci la voz de Apio.

Ido.—Podria ser que speren y ayan querido burlar de alguno, que son mancebos y hieruelles la sangre.

Syn.—Hermana, esto es para nos carnes-tollendas.

Dich.—Quería ya la olla entre las manos.

Syn.—Al fuego está.

Dich.—Pues yo te vntaré las barbas.

Syn.—Bueno es que aya de todo, pero yo estimo más la burla que ser Emperador de Trapizonda. Sentiste bolar a nuestros paxaros?

Dich.—De la buena suerte bien guardadas yuan; harto nos quedan a deuer por les quitar tal embaraço, y hablemos paso, que ya las veo, y ellas a nos.

Ido.—Aqui viene, señora, nuestra guarda.

Ast.—No podia faltar.

Ido.—En punto vienen como si ouiessem de combatir.

Dich.—Pues qué piensas, mi señora? esto y más es menester a quien thesoro tan preciado se encomienda.

Syn.—Tambien quiero mi parte; ha mucho que sperays?

Ast.—Media ora, y con recelo de aueros algo acaescido, porque oymos cierto rumor.

Syn.—Es posible, y aca llegó?

Ido.—Qué cosa fue?

Dich.—No nada.

Ast.—Mas por mi vida.

Syn.—Dos vellacos que querian conoscer-nos, y vuo de costalles capas y espadas; pero de piedad se las boluimos.

Dich.—Doyte al diablo que assi lo vendes.

Syn.—Señoras, no es tiempo de detenernos más, traen todo su recaudo?

Ast.—Todo.

Dich.—Pues vamos.

Syn.—Dad acá.

Dich.—Que priesa tiene este gloton; no ann, hermano, que no es cordura si acontece algo yr cargados; allá fuera de bancos se lo tomaremos.

Ido.—Mejor será.

Ast.—Caminemos pues.

Syn.—La que más quiere cada vno; yo con esta moça lo auré.

Dich.—Yo con esta señora de mis entrañas.

Ast.—Ya soy vieja para regalos.

Dich.—No es de vieja esta hazaña; mas eres vieja en darme la vida y en el matarme.

Ast.—No veys? bueno viene el señor Apio esta mañana.

Ido.—Estan más prompts los spiritos a esta ora.

Syn.—Los tuyos a lo menos, mi señora, con el vnico resplandor d'essos ojos matadores, que hazen clara la noche, oscuro el dia.

Ido.—Qué tocar de teclas, madre mia!

Dich.—Callando por aqui.

Syn.—Cómo callará el que arde?

Ido.—No parecia tal el señor Metio.

Dich.—Las tinieblas descubren muchas tachas que alguna vez la luz esconde.

Ast.—Quién lo diria?

Syn.—Quien lo vee y palpa.

Dich.—Ya estamos buen trecho de la ciudad; bueno sera que nos entremos en el bosque y os dexemos allá cabe la fuente, donde de ventura aporta nadie; mientras ymos proueer-nos de posada.

Syn.—Señor, sí.

Ido.—Y quedaremos solas?

Dich.—Conuene assi y de parecer los dos allá; escondamos aqui detras estos dineros, para quitar las ocasiones, y si viniere alguno, que no fuese tentado de cobdicia.

Ast.—Pecadora de mí, y es lexos?

Dich.—No, ánima mia, sino muy cerca.

Ast.—No haze pues al caso, norabuena vays.

Syn.—A Dios, vida, mas no a los aquillos (1); passito no seas sentida.

Dich.—No sabes que soy Angelica?

Syn.—Diabolica te llamaria yo.

Dich.—Algo te va en que lo sea.

Syn.—Me recomendo, ya estamos en otra tierra, ay os guardareys, mi bien, aora en los campos verdes sola.

Dich.—Aun bolueremos a visitallas, y verás que no pudiera Arachne la sutil, ni Palas la embidiosa, ordi o texer tela más fina.

Syn.—Si tráes contigo a Proserpina y todas sus donzellas, qué menos puede ser.

Dich.—Entremos por acá y haremos otra colacion.

Syn.—Desta vez quedo maestro.

SCENA 3. DEL QUINTO ACTO

Morio sale en busca de su muger y halla Melania que venia de buscar a su marido, y conciertanse los dos, casandose ambos por despecho.

MORIO, MELANIA.

[*Mor.*].—Qué es d'ella, muger, muger, amores, vida, riñones, coraçon, qué viento os ha lleuado? O mal viage haga la nao: Idona, hija, palomina, golondrina, ansaron, ternera, que es de tí? Si son ydas al villar a pie por penitencia? que mi muger queria hazer quaresma, mas los lobos en el camino las tragarian, que era de noche y no las conocian, o, o, o, ya lloro.

(1) Sic, en las dos ediciones, por saquillos.

Desdichadas, cómo les dolian los dentazos de aquellas malas bestias, Dios les perdone; pero quién sabe si saldrian por no ser de buena digestion, a lo menos mi muger, que era un poco añeja, y mi hija por causa de las llaves y alfileres (que lobatos no comen hierro como aues-truezes). Boto a mí que he apuntado como un Doctor; qué será d'ellas, pues? apostaré que almuerzan del pernil que se quedó alla ante-ayer: dexad para mí algo, amores, que tengo sed, y comeré para beuer, no beueré para comer como dizia el otro asno. O amiga tan querida, cómo me dexaste assi huérfano? Boto a tal que yo lo soñaua ha media ora. Quiero ver si me recuerdo. Qué soñauas, Morio? ya, ya, que se yuan con dos galanes las galanas y me casaua yo con Melania. Iuro a mí que es buena moça y no le falta nada, aunque sea algo morena; ella sabe amassar, fregar, lauar, labrar, coser, baylar, cantar, hablar, andar, trotar, comer, dormir, besar, soñar y es muy buena cozinera. Qué bueno estaba el puerco de ha-seys años, qué linda la tortada de ayer, qué sabrosas las coles y el tocino del entruejo; pues vna ensaladica de nabos y lechugas y dos docenas de ajos y cebollas, mal año para el Xarife. Mas guay de Astasia, que ya se me olvidaua la pecadora: oh, oh, oh, qué buena muger era; si ella no buelue, tengo de quexarme al alguazil. Por todo la he buscado y no la hallo; en la coziha, en la cámara, en el patio, en la sala y en la saleta, en la otra cámara y en la otra, y en la camarilla, por los graneros, porque solia la pecadora hazer subir allá los gatos a visitar a los ratones; en la cantina, que pence quiza auria sed, y se le olvidó de cerrar la boca al torno y se ahogaria la mesquina. Por esso es bueno beuer por cangirones.

Mel.—Algun diablo de los suyos la ha lleuado. No estar de dia en casa con sus ocupaciones no era milagro, mas aora no puede menos ser que ellos andan de noche según dizen.

Mor.—Gana me toma de almorzar; aunque es temprano, hablando en ello, mas estoy tan alterado con esta yda de mi muger, que beueria por otros quatro.

Mel.—Quién habla aqui? y de mas si es aquel traydor de Andronio, que no le dio reposo la consciencia, después de aterse burlado assi conmigo, y torna a emendallo.

Mor.—Esta deue ser, boto a tal; en el tocado la conosco, porque veo de noche mejor que un gato. Cómo me huelgo! a, muger, adonde diaño fuyste, amores?

Mel.—O desdichada, Morio es este; perdida soy, que me han sentido; qué dire? Ya, ya, que estaua mi prima en passamiento y me embiaron a llamar: Melania diras, amo. Pues amo, qué te hazes por aqui a esta ora?

Mor.—A do las dexas? ellas pense que eran.

Mel.—Quién?

Mor.—Tus amas la grande y la pequena.

Mel.—Cómo assi?

Mor.—No las hallo, ni sé cuál diablo las lleuó.

Mel.—Burlaste?

Mor.—Para burlar es el negocio: estoy ya medio casado.

Mel.—No lo digo yo?

Mor.—Oh, oh, oh! Menester es llorar.

Mel.—De verás va, a la fe; entrarme quiero a saber deste mysterio.

Mor.—Llegó muy a proposito Melania, por que casados que seaños nós podremos yr acostar y dormir hasta la mañana, y si buelue Astasia, que se tome otro marido; pues se ha ydo sin despedirse.

Mel.—Más mal ay de lo que yo pensaua, qué sera esto! matenme si no son ydas con Apio y Metio; que yo lo oliá ya. Qué dirán las gentes? no ternee cara con que parecer. Peccador de Morio, no soy yo sola el agrauada.

Mor.—Pues qué te párese?

Mel.—Assi no fuera.

Mor.—O, o, o, qué será dellas? si entraron los ladrones y las hurtaron?

Mel.—No hurtan ladrones hurtos que coman.

Mor.—Si son ydas al villar?

Mel.—A estas oras? donoso estás.

Mor.—Si se ahogaron las desdichadas?

Mel.—En qué mar?

Mor.—En el pozo, que aun no he ydo á ver.

Mel.—Ni vayas.

Mor.—Si son ydas a confesarse con los frayles, para aunar oy, que es dia de pescado?

Mel.—Podria ser, mas es temprano. O si estan en la huerta plantando ajos??

Mor.—Allá he estado. Si son ydas a Santiago que eran deñotas dél?

Mel.—Essó deue ser.

Mor.—Dessa manera no bueluen más, que es lexos. Oh, oh, oh, Astasia, mi salsa, mi culantro y mi yerua buena, adonde te fuyste?

Mel.—Consuelate, Morio, por tu vida, que muchos desgraciados ay por el mundo; y yo soy vna dellos.

Mor.—Eres, amiga, cuytadilla? pues yo no veo mejor remedio que casarse el desgraciado con la desgraciada, y no curar de los graciosos.

Mel.—Assi andaria todo derecho.

Mor.—D'aca la mano, amores.

Mel.—No, no, Morio, no tan ayua.

Mor.—Ayua dizes? y ha dos horas que se partieron.

Mel.—Y si boluiesen?

Mor.—Qué se busquen otros.

Mel.—Si ya no los tienen.

Mor.—Tanto que mejor; dormiremos más á

plazer lo que se queda por dormir. Eya, mis entrañas, que ya te quiero bien.

Mel.—En buena fe que me viene Dios a ver y dexar los diablos para quien son. Burlaste, Morio?

Mor.—Entremonos, vida, y verás si burlo; qué le falta? pesa más sola que quatro Astasias.

SCENA 4. DEL QUINTO ACTO

Andronio busca Melania, y halla Aplotis que llora por su tia y prima, y que va buscar Logístico su seruidor, y despues de trauar amores se conciertan.

ANDRONIO, APLÓTIS.

[*And.*].—Doleria afirma que está loca, y no puede ser menos, según sus disbarates: yo no sabía qué dezirme, y ayua me tornara como ella. Esto me faltaua para prouar de todo: adonde yre que no me acompañe la desgracia? Quiso mi ventura sacarme de la mar, para hecharme en este fuego; si me auia resfriado. Desterrado de mi tierra por amores, y aqui medio perdido por la perdida, y loco por la loca, con dolores. Qué remedio, que está ya crecida la rayz: yo no lo siento, si Doleria no lo halla (1) como promete. Lo que más me lastima y haze que la ame, hasta tambien enloquecerme, es que por mí se enloquecio, tanto me queria la pecadora. Bien se parece en sus palabras; porque aquel hablar de casamiento, de preñez, de soñar y de velar, y otros requiebros, no es otra cosa que publicar aora la causa de su locura, y hechar fuera de rondon lo que tenia guardado y escondido el pensamiento como agua represada. Pero la otra labradora que despues me salio al camino con otra tal, me hace estar en duda y confuso de qué parte esté la locura; porque tengo dos testigos contra mí; y yo soy solo, si no hay otro que me parezca y ayá hurtado o comido lo que éstas quieren que pague. O en sueños me lleuó el enemigo como estriega, aunque las estriegas sueñan lo que dicen, y yo seria assi Stryon Doctor haziendo lo que estas mis amigas sueñan. Pero Doleria dice que la labradora es muy refalsada, y oyendo la question de Melania sin ser vista, quiso despues burlar de mí para hazerme perder de todo el seso. Yo quiero todauia yr por allá (2). Si la veo y habla más a proposito es buen señal; si no, puedo proueerme de vn hospital para los dos.

Apl.—Mesquina, qué haré? a dó me yre con tamaño desaliño?

(1) Haya en la edición de 1572. Está corregido en la de 1614.

(2) Ayá en la primera edición.

And.—Demas si es ésta? No lo parece; Aplotis es, qué desaliño trae.
Apl.—Mi tia Astasia y mi prima Idona se son ydas.
And.—Ydas? qué quiere dezir ésta?
Apl.—Con aquellos recueros, dias ha que lo recelo.
And.—Estás aquí, Andronio? atento.
Apl.—Mal año para ellas y para ellos.
And.—Y para Melania y para mí si les hizo compañía.
Apl.—Mirá por vida vuestra, qué gentileza y discrecion, que más parecen mulos, aunque recueros.
And.—No acabará ésta de dormir y de soñar yo? qué mulas o qué mulos quiere alquilar?
Apl.—Igual era la de Heraclio y su intencion que a ambas seruia y veneraua y defendiera el passo de Tintoil por amor dellas. Vendianle higos maduros, danle aora por ellos higos verdes, y por melones a la prueua calabças.
And.—Luego todos somos sanos.
Apl.—Lo más salado de todo está el casamiento de la mula con el asno; el aurá de parir, que ellas no paren.
And.—Qué mula es esta, pese al diablo, o qué parir de asno?
Apl.—Melania con Morio? Ah, ah, ah, reyré aora, que ya he llorado un rato.
And.—No es este muy buen verso; menester es salir de duda. Qué lluvia o sol es éste, señora Aplotis? o qué desaliño por allá!
Apl.—Andronio es, su parte le cabrá.
And.—No me respondes?
Apl.—Dios te guarde, señor Andronio; estaua vn poco enueusada, perdonáme.
And.—Qué ay por allá, señora Aplotis? dízenme que está mala Melania.
Apl.—Harto mala.
And.—No me engañó luego Doleria.
Apl.—Qué te dixo?
And.—Que estaua loca, porque yo se lo fuy a preguntar por ciertas locuras que le oy.
Apl.—Ah, ah, ah, despues lloraremos tú y yo, señor Andronio.
And.—No te entiendo.
Apl.—Si la mujer es hija del marido, como dizen, ella está loca siendo casada con el loco.
And.—Cómo casada? con qué loco?
Apl.—Yo te lo dire, para que de oy más busques mujer: son ydas mi tia y prima con Apio y Metio, y con los dineros de la casa, para no boluer. Morio y ella guardan el resto, y son casados, y aun más que quedan en la cama, por no poder arrepintirse.
And.—Es posible esso?
Apl.—Como ser de dia aora. Escoziote y está medio pasmado; maldita sea ella que tal

trueque ha hecho. Estas y las otras hazen perder el crédito a las buenas. Daria esta sortija por hallar en casa a Logistico y darle parte desta caualgada, aunque le duela por el amigo; de vna vez o dos que le he hablado le quiero como a mí, y segun se me trasluze no me engañó.

And.—Ay, ay, ay, que muero; socorreme, Aplotis, mi señora.

Apl.—Pues, señor Andronio, qué cosa es esta? qué animo es este de gentilhombre?

And.—Ay, ay, ay, o falsada fe, falso amor, hembra falsissima!

Apl.—Triste de mí, si se me muere entre las manos. Marauillome de ti, señor Andronio, morir por quien no merescete tu çapato? Lastima tengo, hermoso y dispuesto mas que vn aleman. Maldita sea la vellaca.

And.—Qué dizes, señora Aplotis? o qué me aconsejas?

Apl.—Que la des al diablo y tomes otra que te meresca; que no aurá ninguna que no se tenga por dichosa; y más es poquedad no holgarte de ser quitto della.

And.—Bien me aconsejas, pero recelo ya que otra qualquiera se me torne Melania.

Apl.—No hará, y assi no ouiera hecho voto yo de ser monja.

And.—Monja, señora?

Apl.—Sí.

And.—Pues y no lo mudarás? yo te auré licencia.

Apl.—No sé.

And.—Si harás, señora, por quien comienza ya a arder por ti.

Apl.—Tan ayna?

And.—Quiere mi suerte satisfacerme, vista mi fe y lealtad mal empleada; por esso aceptame por tuyo y toma estos ojos, este coraçon y a esta mano en prendas d'ello.

Apl.—Qué auisadamente lo dize su merced! Auré mi consejo.

And.—Si quieres verme muerto sea assi.

Apl.—No, no, no, señor Andronio, he aquí la mano.

And.—Quede, pues, en ella el anillo de la fe hasta su dia.

Apl.—Soy contenta.

And.—Y yo bienaventurado.

SCENA 5. DEL QUINTO ACTO

Asosio y Doleria transfigurados en Astasia y Idona, bueluen a Apio y Metio.

ASOSIO, DOLERIA, APIO, METIO.

[Aso].—Pues, Doleria, qué determinas? tenemos tú y yo de ser Deucalion y Pyrra y entrambos representar el mundo?

Dol.—Calla, que presto se acabará el diluuió y saldremos a tierra. Mas aora es menester que con sus vestidos dellas vamos a ellos y les demos otro asalto.

Aso.—En qué, en los cabellos?

Dol.—En las capas y en las espadas, como hizieron nuestros hombres, porque nos lleuen menos ventaja.

Aso.—Y dónde los hallaremos?

Dol.—Aora, aora te porne con ellos.

Aso.—Cómo sabes que tienen ya otros vestidos?

Dol.—Sin más astrologia es de pensar se ayan ydo armar de nueuo para boluer a sus amores.

Aso.—Doy al diablo tal saber; si es assi, y no escapan, luego nos casamos.

Dol.—La mitad está hecho, y para el resto te pornas de lodo, vellaco, mesonero del consejo, o qué niño!

Aso.—No, que todos los huespedes conocidos te seruirian y con los otros dissimulariamos por los despojos.

Dol.—Aun te quedó sed? no ves que estamos ya proueydos para algunos dias?

Aso.—Cómo eres necia! Dure el officio, que quanto más moros más ganancia.

Dol.—O Moras. Guay de Agar si le dexaste Ismael en el regaçon.

Aso.—Algun angel la socorrera, y ella es para todo; mas por tu vida dime, qué será della en estos trances? marauillome de cómo tan bien no se embarcó esta marea.

Dol.—Para andar seruiendo por suertes la peccadora, ay le queda Morio o Morrion; podria ser se concertassen, y tanto más ayna, si trae carga, haziendole creer que se parecen como la cebolla con el hueuo.

Aso.—Y otra que allí ay por nombre Aplotis, linda y honesta como vna sancta?

Dol.—Sé por quien dizes: quedará por heredera de su prima, y assi estará todo acomodado; y si hombre fuera, nunca a otra me pegara.

Aso.—Marido le hallaremos tiempo andando.

Dol.—Qué buena pieça; tú querias hazer parentesco con todo el mundo y auer más hijos que Gedeon.

Aso.—No faltaria vno que los degollasse.

Dol.—Assi acaesce. Calla aora, que entramos en el puerto y vienen nuestros marineros; oygamos con todo lo que dizen.

Met.—Doy al diablo estas andadas; mejor fuera no las conocer.

Aso.—Assi lo digo yo.

Apio.—También yo tuerço las orejas; de tales caldos, hermano, tales pallos.

Dol.—Tarde caystes en la cuenta.

Met.—Ayna nos mataran los ladrones, si no les dieramos lo que pedian.

Aso.—Más teney que andar.

Apio.—Auenos sido cuerdos; pero qué te parece, es tiempo aun o auran salido solas?

Dol.—Aora lo sabreys.

Met.—Boluamos hazia allá.

Apio.—Los cabellos se me herizan.

Dol.—Aparescamosles como ánimas destotra parte.

Aso.—Bueno será

Met.—Acá vienen dos mujeres.

Apio.—Ellas son.

Dol.—Pues, señores, qué demora ha sido ésta? ayna nos perdierades.

Aso.—Por cierto sí, qué buenos enamorados!

Apio.—Si supiesen, señoras, lo que passa.

Dol.—Cómo? tuuistes algun encuentro?

Apio.—Encuentro, señora? vn ora andamos a las cuchilladas con seys vellacos que querian nuestras capas.

Aso.—Ay, triste, y cómo os sucedió?

Apio.—Metio lo dirá.

Met.—Digalo Apio.

Apio.—Pienso quedan los dos muertos, y los otros huyeron mal heridos.

Aso.—Bien oyes?

Dol.—Calla, o mesquina, y vosotros venis heridos?

Apl.—No, mas cansadissimos; caminemos presto y reposaremos.

Dol.—Mas antes os yd luego para el bosque a sperarnos, porque nos tenemos de boluer a casa por lo mejor que se nos ha olvidado.

Apio.—Todos yremos.

Dol.—Yo no quiero, que esos heridos bueluan por los muertos con otra compañía y os hallen.

Aso.—Es assi, madre, porque podrian aun entrar en colera y reñir de nueuo.

Met.—Pues solas?

Dol.—No importa, lleuaremos vuestras capas y espadas para parecer hombres, que a mujeres quienquiera se les atreue, y presto somos con vos.

Apio.—Toma, pues, mi reyna de las Almazonas (1).

Met.—Toma tú, mi alma, y no me oluides.

Dol.—Oluidar? No son para oluidar tales amigos. Qué te parece, Asosio? la vitoria para buena ha de ser sin sangre, y dan entonces más gusto los despojos.

Aso.—No lo supiera tramar mejor la hada Manto; tórnome loco en pensallo.

Dol.—No hagas, que tengo aun de ti necesidad para otras fiestas.

(1) Sic, en las dos ediciones.

Aso.—Al infierno yre contigo, que allá as de yr.

Dol.—Será malo do tengo tanta amistad? Quanto más que es andar haziendo justicia esto como corrigidor de la comarca, y viene dispensado de la corte, y mas yo sé el *Miserere* y el *De profundis*.

Aso.—El *De profundis* creo yo, duerme descansada; pero bolviendo a nuestras cabras, qué queda aora por hazer?

Dol.—Dar auiso a los griegos de los troyanos y ordenar ciertas Nymphas y saluages que den fin a la comedia, como exemplo de gloria y pena segun las obras; tú lo verás y me alabarás por muger de prol, y despues dello reposaremos.

Aso.—Assi? Camina, pues.

SCENA 6. DEL QUINTO ACTO

Astasia y Idona se encuentran con Apio y Metio en el bosque y ay entr'ellos grandes altercaciones.

ASTASIA, IDONA, APIO, METIO.

[*Ast.*].—Qué espanto haze, hija, esta soledad!

Ido.—Yo estoy temblando y elada de puro miedo.

Ast.—Ya se acerca la mañana, que es gran consuelo.

Ido.—Mucho tardan nuestros hombres; no les aya acaescido desastre alguno.

Ast.—Mal consejo fue no quedarse vno.

Ido.—Tristé de mí.

Ast.—Qué has?

Ido.—No sé qué me adeuina el corazón.

Ast.—Qué loca está? no sabes qué no deue creerse en sueños?

Ido.—Bueno fuera, señora, no auer dormido por no soñar.

Ast.—Qué poca fe. Ayna se acabará este trabajo.

Ido.—Plega a Dios.

Ast.—Gente ay aquí cerca, que oygo hablar.

Ido.—Será el echo de nuestra voz.

Ast.—Bien dizes, nuestros Echos són.

Apio.—Metio, ves algo?

Met.—A nuestras Nymphas.

Apio.—Tan ayna, cómo es posible?

Met.—Auran hallado alguna senda.

Ast.—Si más tardarades nos escondiamos y os dauamos por penitencia correr el bosque.

Apio.—Quién auia de pensar que erades aues, para boluer a casa como dixistes y que bolariedes!

Ido.—Quién lo dixo?

Apio.—Su merced y tu merced.

Ast.—Soñastelo? Pues adonde quedan las espadas y las capas? en prendas de la palabra?

Met.—O qué bueno, más do las escondiste?

Ido.—Aun duerme Metio, madre.

Ast.—Ya lo veo: quieren burlarse los chocarreros. Caminemos, hijos; dexays allá ⁽¹⁾ recaudo? que sperando nos moriamos de miedo, y es razon yr descansar.

Met.—Nos somos los burlados o encantados, que nos dexastes venir solos, diziendo que se os olvidaua lo mejor, y nos hurtastes la buelta ansina.

Ido.—No lo digo, madre, que aun duerme? o quiza han beuido demasiado.

Apio.—Antes pienso yo que el sereno de la noche os ha penetrado las cabeças.

Ast.—No salimos de la huerta todos? no llegamos aqui todos? no os partistes de nos los dos para yr buscar albergue?

Apio.—Dios del cielo?

Met.—Sanctos del parayso!

Apio.—No, señora, si porfiás, no te hallamos ya de casa un trecho? y nos dixiste que se os olvidaua lo principal? y queriamos acompañaros, mas no quistes, con recelo que boluiessen los heridos por los muertos? y por no ser conocidas por mujeres lleuástes nuestras capas y espadas, embiandonos al bosque do os hallamos con este disbarate?

Ast.—Y nos con otro muy mayor venir os vemos; esta deue ser alguna de las milagrosas fuentes de Merlin.

Ido.—Ellos la traen en las cabeças; no seria malo templarla con ésta.

Met.—Cortesmente, señora.

Ast.—Calla, sandia.

Apio.—Esta es la pena del peccado.

Ast.—Yo lo confesso, pues assi desatinamos todos. No escondistes alli cerca los saquillos? qué más testigo es menester?

Apio.—Saquillos nos? qué tales?

Ido.—No más, no más; confirmada está la burla. Traydores, assi quereys tentarnos?

Met.—Tentar? vosotras lo hazeys en buena fe.

Ast.—Saquemoslos, Idona, y hablen ellos. Do los pusieron, hija?

Ido.—Ay do estás.

Ast.—Aqui no ay nada.

Ido.—Burlas?

Ast.—No por cierto; busca tú más allá.

Ido.—Ni aqui tampoco.

Ast.—Ni por acá menos,

Apio.—No ves?

Met.—Toma si veo; mas qué trato es éste?

(1) *Aya*, en la primera edición. Corregido en la segunda.

Ast.—Ah, ah, ah, y esto más aún, que escondistes los dineros?

Met.—Nos?

Apio.—Nos?

Met.—Nunca Dios lo quiera.

Ido.—Ni lo quiere, basta lo burlado; no se burle más, hermanos.

Met.—Nunca yo burlé de nadie.

Apio.—Ni yo tampoco.

Ast.—Ni yo menos.

Ido.—Ora estemonos assi hasta ser de dia claro.

Ast.—Do posistes los dineros, hermanos, por mi vida?

Apio.—En tu cabeça; no veys qué donosa está nuestra ama?

Ido.—Mas no visteis qué gentil donayre?

Ast.—Más, de verdad, do los escondistes?

Apio.—Otra suya; de verdad que ni tan solamente los tocamos.

Ido.—Esto es perder el seso.

Met.—El afrenta a nos se haze.

Apio.—Pues no?

Ast.—En qué? entremonos más en el bosque y allá disputaremos para ver si vos encanta este lugar, o podra ser que hallemos otra fuente y otros nos.

Apio.—Sea assi, que ni vos tampoco soys las vos si porfiays.

Ido.—Podria ser que nos hallassemos todos duplicados, sin los saquillos, que algunos de nos deuen ser éstos.

Ast.—Tiene razon.

Apio.—No veys qué dize?

Met.—A esto fue nuestra salida?

Ast.—No sea ésta la de Ferraguto viuo, que leuaua a Ferraguto muerto.

SCENA 7. DEL QUINTO ACTO

Heraclio, Logistico, Asozio y Doleria se van al bosque transfigurados en Astasia, Idona, Apio y Metio, y les hazen creer que son sus sombras y ser aquella la propiedad del bosque.

HERACLIO, APIO, DOLERIA, ASTASIA, LOGISTICO, METIO, IDONA, ASOSIO.

[*Her.*].—Guia tú, señora Doleria, pues tan diestramente danças.

Log.—Nunca tal creyera.

Her.—Traya el saber dissimulado.

Aso.—Esso es lo bueno para entrar y salir, como hazia Malgessi ayudando sus doze pares.

Dol.—Affeytadme vos aora a vuestro modo; pero sabed que lo principal teneys por ver; cerca estamos: quando parezca que nos oyen, yo lo tramaré; no aya hombre que se ria ó se acuerde de su nombre.

Ast.—Gente ay aqui.

Apio.—Cuytado.

Ido.—No temas.

Met.—Por las espadas solo.

Ast.—Estemonos queditos, que no pódran vernos.

Ido.—Oygamos, pues.

Dol.—No es gran marauilla la de esté bosque?

Aso.—Grande.

Her.—Qué tal, señora?

Dol.—Que las sombras aqui se hazen cuerpitos.

Aso.—De los hombres solamente; no otrós animales.

Dol.—Lo de que más es de espantar que todos los metales se derriten.

Ast.—Qué oygo?

Ido.—Qué veo?

Apio.—No estoy en mí.

Met.—No sé qué me diga; éstas son luego nuestras sombras, o nos las suyas? yo veó allá a ti, señora Astasia.

Ast.—Y yo a ti.

Ido.—Y yo a todos.

Apio.—Y nos a ti. Sancta Maria, qué cosa es esta?

Aso.—No vistas los saquillos que traximos, que tú Apio y Metio alli escondistes?

Her.—Estoy frio, Metio.

Log.—Y yo ardo, Apio.

Dol.—No te lo dizia yo, Idona?

Aso.—Señora, si.

Ast.—De mahera que nos somos los duplicados y los saquillos no paréscen.

Ido.—Gran cosa es ésta.

Apio.—Y que tambien los busquen nuestras sombras.

Met.—Yo duermo, no es posible menos.

Apio.—Fregate los ojos; guáy de tal sueño.

Ast.—Gran desventura es ésta, que de nos mesmos estemos escondidos, sin saber aún lo que somos, cuerpos o sombras.

Ido.—O Dios! alumbra estas tinieblas.

Her.—Do piensas, señora, anden aora nuestras sombras?

Dol.—Por el bosque libres y sueltas de los cuerpos.

Log.—Podria ser hallarlas?

Dol.—Por qué nó?

Her.—Y hablarán?

Dol.—Toma si hablarán; y aun te digo porfiarán que son los cuerpos.

Apio.—Oye, oye, señora.

Ast.—Estoy loca.

Ido.—No es para estar?

Aso.—No hará la mia esso.

Log.—Por qué, señora Idona?

Ast.—Terná verguença.